



# LAS BATALLAS SILENCIOSAS

Juana Cortés Amunarriz



colección  
**NARRATIVA**



## **LAS BATALLAS SILENCIOSAS**

Juana Cortés Amunarriz

# Las batallas silenciosas

Juana Cortés Amunarriz

Baile del Sol Ediciones



*A Teresa, mi abuela, que me habló de los fantasmas.*

La  
bios sellados, custodios del mejor  
guardado secreto, del recinto en donde  
las palabras reanudan sus batallas  
silenciosas, sus pacientes y refinados  
ejercicios de rencor.

*Notas para un blues*

Ana Rossetti

# EL CORAZÓN EN UN PUÑO

tus manos voladoras  
en la luz, en mi luz,  
sobre mi tierra

*Final*

Pablo Neruda

La extremidad, que vuela por el aire como una paloma, como un animal amigo, hasta que llega a ella, a su mano, y se posa, es el primer recuerdo que Marga guarda de Andrés. La mano, convertida en dirigible, surcó el espacio mágico que les separaba y ya en ese movimiento a ella se le antojó diferente. No, no era como las otras. No conocía cuál era la esencia de aquella atracción súbita, pero allí estaba y se le imponía con un arañazo en el estómago. Su presencia y su tacto la sobrecogieron con el desasosiego de un beso inesperado, ese beso que queda colgado de la comisura de los labios, a punto de caerse. La piel, los músculos y tendones, las uñas, el vello fino, todo le cautivaba.

La mano, que llegó a ella en el apretón formal de una entrevista de trabajo, impulsó el mapamundi de su vida que giró a una velocidad vertiginosa. Pronto el trato con ella se volvió familiar y, confiada, Marga cruzó las puertas que le

abría solícita. Primero fue la del despacho; la invitó a entrar, la invitó a sentarse, se posó sobre el respaldo de cuero de la silla y, con un movimiento decisivo, le confirmó que había sido elegida para ocupar el puesto vacante. Más tarde abrió para ella la puerta acristalada de la cafetería. Desayunaban juntos; Andrés un café solo, Marga un té con una nube de leche. La mujer se ruborizaba ante la mirada del hombre que, en ocasiones, saltarina, se posaba sobre su pecho, tan sólo un instante, como si hubiera sido la casualidad la que la hubiera dirigido y no el deseo de conocer aquel territorio. Luego fue la puerta del coche y, por fin, la de su apartamento, que se abrió con un quejido de bisagras sedientas de Tres en uno. Marga la seguía, se dejaba llevar, porque había empezado a amarla con esa tenacidad de los seres monógamos y fieles.

Fue allí, en el apartamento de Andrés, donde la mano, aceptada y deseada, recorrió los hombros de Marga, su espalda, sus piernas. Se alojó en sus axilas y en sus ingles, descubrió la temperatura de aquellos lugares hasta ahora despoblados. Dibujó sus tobillos, los huesos de las caderas. Conquistó, exploró, ascendió las montañas de sus pechos y jugueteó con sus pezones, ocho miles de pasión. Se hundió en su sexo, en aquella cueva silenciosa, pasillo de la vida. Y traviesa, después del coito de presentación, rompió el silencio y le hizo cosquillas a Marga en el cuello. Era importante; sabía hacerla reír.

Marga intentó amar el resto de su cuerpo como amaba a su mano. En ocasiones extendía su caricia hacia la muñeca,

una zona próxima, aunque de cualidades muy distintas. La muñeca era arisca, aburrida, insoportable. Sólo pensaba en el tiempo que marcaba su aliado, el reloj. Era caprichosa y se volvía loca por los gemelos de oro. No, la pasión que sentía por la mano era exclusiva y, una y otra vez, volvía a los dedos entrelazados, a la seguridad de aquel territorio del que disfrutaba en los paseos nocturnos. Obedecía a su mano que, con su particular lenguaje, le llamaba —suave movimiento de los dedos de atrás adelante, ven, ven—. O la detenía, espera, espera un poco —gesto levantado, con la palma abierta—. O le indicaba duda —girando abierta de un lado a otro—. Un día, la mano provocadora bailó ante sus ojos y atrajo su atención con piruetas graciosas y guiños de contorsionista. Marga permaneció curiosa y expectante con una sonrisa tonta en los labios. Finalmente la mano se abrió y le entregó una cajita roja. En su interior Marga encontró el anillo de compromiso con el que había soñado. Cuando Andrés la besó, Marga liberó su lengua, pero buscó al mismo tiempo la complicidad de sus nudillos alfombrados de arrugas diminutas. El lenguaje de la mano siempre había sido más explícito que el de los labios de Andrés.

Durante años Marga durmió agarrada a ella, convertida en el muelle en el que ataba la cuerda de sus sueños. La mano la consolaba de sus pesadillas, la despertaba con caricias y, en ocasiones, zalamera, le traía el desayuno a la cama. Si tenía fiebre, le medía la temperatura de la frente con preocupación y le administraba medicinas, siempre

después de la lectura del prospecto. Era su compañera, su amiga, su amante. A cambio de tantas atenciones, Marga cocinaba para ella, que se deleitaba ante sus nuevos platos y los abordaba con alegres movimientos a golpe de tenedor. Se vestía pensando en su gusto por desabrochar cremalleras, por los pequeños botoncillos inocentes con los que jugueteaba. Elegía tejidos frescos y sensuales, y de vez en cuando recurría a la seda porque sabía que a ella le enloquecía. Era una mano experta en los preludios del placer, atrevida pero también sensata, cordial aunque a veces puñetera. La mano hacía y deshacía, transformaba a Marga en una sirena quejumbrosa que cantaba enloquecida a altas horas de la noche, para asombro de sus vecinos. La mano era melómana y Marga elegía la música que más le complacía. La observaba oscilar, llevando el ritmo con los dedos, que unas veces repiqueteaban sobre una superficie y otras chasqueaban produciendo sonidos que se asemejaban a pequeños estallidos de placer.

Eran la pareja perfecta, la envidia de muchos. No necesitaban de palabras para entenderse. Se sentían a salvo del lenguaje que, a diferencia de las caricias, sólo era una distorsión en su mundo. Lo suyo era diferente, especial, único. Pero luego, con el transcurso de los años, en ese tiempo difuso cuyo único rastro eran unos calendarios deshojados, Andrés se fue distanciando. Se alejó él e hizo lo posible por alejarla a ella también. A Marga le costaba entonces encontrarla en su cama. Andrés la escondía entre sus piernas o debajo de la almohada y la

mujer se dormía intranquila y fastidiada, como un niño sin chupete. Cuando caminaban por la calle, Marga rozaba sus dedos y ella se retorció contenta como un gatito, pero Andrés la obligaba a adelantarse o la escondía en el bolsillo. Ella obedecía rabiosa, porque no hay castigo peor para una mano despierta y vivaz.

Fue entonces cuando Marga comenzó a sufrir. No le importaba el silencio de Andrés, ni su risa de farsante. Le daban igual sus mentiras, sus excusas. Había descubierto en su ropa el olor de una colonia desconocida y unos cabellos largos y rubios que deslumbraban como las verdades cegadoras. Intuyó incluso el rastro de sexo clandestino en su piel. Pero aquello era sólo un pequeño accidente en su vida. En cambio la ausencia de la mano la enfermaba. Perdido el rumbo de su mano brújula, Marga vagaba sin descanso por aceras hostiles y metía los pies en los charcos, apesadumbrada. Y sin embargo, ella, la mano, la amaba y Marga lo sabía con esa certeza de los amantes correspondidos.

El día que Andrés le pidió el divorcio, Marga mantuvo la calma. La noticia no le había cogido por sorpresa. Le dejó hablar y escuchó con paciencia. Cuando llegó su turno, le expuso la situación. Estaba de acuerdo en todo. Es más, no quería dinero, ni la casa, ni su parte correspondiente de las acciones de la empresa. Sólo quería una cosa, una única cosa. Andrés dijo que estaba enferma. Loca. Se rió a carcajadas y se llevó el dedo a la sien. Ese gesto explícito no sólo mostraba su idea de que Marga había perdido el

juicio, sino también era una prueba de fuerza; él, que tenía el poder total sobre la mano, la obligaba a burlarse de ella. Andrés se fue con un portazo, pero Marga se mantuvo firme, como el capitán de barco erguido ante el naufragio. Se sentía fuerte y segura; sabía que estaba en el camino correcto.

Andrés quería rehacer su vida con otra mujer, Natalia. Todo parecía sencillo y comenzó los trámites del divorcio a pesar de no haber llegado a un acuerdo con Marga. Ella esperaba que él aceptara la realidad, clara y fría como los amaneceres que ella vivía insomne, alejada de aquella a quien tanto amaba. Andrés tenía derecho a iniciar una nueva vida, pero Marga deseaba continuar la suya. Y sólo era cuestión de tiempo que lo entendiera porque, aunque Andrés todavía no se había dado cuenta, Marga no estaba sola en su empeño.

Los hechos se precipitaron. Ella, al saber de la negativa tajante del hombre a facilitar su relación, se sublevó. Siempre había sido dócil y le había seguido la corriente, pero no hay nada peor que la ira del justo. Y Andrés no se imaginaba hasta dónde puede llegar una mano airada. Aquella mañana, cansada de obedecer, se opuso, terca, a que él la utilizara. Andrés recurrió a su otra mano, pero no era lo mismo. A la izquierda él nunca le había hecho caso, y ella era torpe y ocultaba un resquemor acumulado por todos aquellos años de indiferencia. Aquel día Andrés salió a la calle con unas pequeñas cicatrices en el rostro, a causa de una maquinilla de afeitar incontrolable, y la encía

inflamada por un golpe del cepillo de dientes. No había desayunado tampoco. Se había tirado varias veces el café encima y la primera de ellas se había achicharrado la pierna porque estaba recién hecho. Tampoco pudo hacerse con las tostadas y la mantequilla; el cuchillo, que parecía haber cobrado vida, le dio miedo y lo soltó asustado. No estaba de buen humor, no. Además no fue capaz de arrancar el coche y fracasó en el intento de detener un taxi. Los taxistas le observaban con desconfianza a causa de aquellos gestos estrambóticos, como si se peleara consigo mismo, y pasaban de largo ante su desesperación.

Los acontecimientos de ese día fueron todos similares en su naturaleza, si bien tuvieron efectos distintos. Cuando Andrés tiró el vaso de agua a la cara del presidente en la junta de accionistas, provocó el estupor general —y en algún caso, no reconocido públicamente, una extraña admiración—. El desastre no tuvo consecuencias inmediatas, porque el presidente, aunque vengativo, era también calculador y estudiaba en profundidad sus reacciones. La respuesta de la jefa de personal fue más directa. No aceptó sus excusas tras manosear descaradamente su hermoso trasero en la fila del autoservicio del comedor, en plena hora punta. Era un culo magnífico y la mano jugueteó divertida unos instantes, hasta ser descubierta. El bofetón que recibió Andrés no consiguió cambiar de color su rostro, lívido, mientras que el de ella permaneció congestionado durante el resto del

día. Las anécdotas se sucedieron en aquellas horas interminables.

Su amante tampoco entendió qué le sucedía. Le sorprendió que Andrés, siempre correcto, la agarrara con fuerza del brazo, pero no pudo evitar un grito de sorpresa cuando tiró los platos de la succulenta cena al suelo. Empezó a llorar. Andrés quiso secarle las lágrimas, pero la mano, malévola, pellizcó sus mejillas y aquel gesto, tan superficial y liviano, se reveló cruel en un momento de tensión. Andrés gritó que no era él, que era ella, la mano, la que actuaba por su cuenta. Natalia pensó que Andrés había enloquecido y, asustada, se encerró en el baño con pestillo.

Aquella fue una noche larga para Andrés, que se paseó arriba y abajo por el salón de su casa, arrastrando los pies, apesadumbrado. Natalia había ignorado sus súplicas y no había abierto la puerta. Se sentía terriblemente solo. Toda su vida pendía de un hilo. Diría que había bebido en exceso, que había tenido una reacción extraña a una medicina experimental, cualquier explicación que justificara su comportamiento y le permitiera adentrarse de nuevo en el terreno de la normalidad. Sin embargo, si se volvían a producir esas actuaciones extravagantes, perdería toda credibilidad. No podría soportar otro día igual y sus consecuencias. Se vería arrastrado, sin remedio, al mar de la locura, al océano de los marginados. Al amanecer un sudor frío le bañó el cuerpo; había aceptado que no tenía otra solución. Entonces su mano, que a fin de cuentas luchaba únicamente por su felicidad, le acarició el rostro.

Le pidió perdón a su manera porque, después de tantos años le había cogido cariño. Se despidió también de su compañera, la mano izquierda, y le dio consejos útiles para el futuro. Tenía mucho que aprender.

Andrés repitió la historia mil veces, en cada ocasión con más detalles, con más convicción y desparpajo. Recreaba su accidente y se complacía con los gestos de impresión que le regalaban las visitas; entrecerraban los ojos, fruncían el ceño, alzaban los pómulos e incluso a veces lanzaban pequeños gritos de horror. Familiares, compañeros y amigos acudieron al hospital a verle, compungidos, sin saber cómo afrontar la visita. Natalia, su amante, demostró gran entereza y estuvo en todo momento a su lado, atenta y cordial. Asumió con desenvoltura su porción de estrellato y recibió cumplidos por su sonrisa abnegada. Aquella noticia, trágica y desagradable, se impuso y pronto todos olvidaron el extraño comportamiento de Andrés la víspera del incidente. Hasta el presidente interrumpió sus planes de venganza; había sido el propio destino quien le había infringido un castigo importante.

Aunque a veces pensaba en ella, porque a pesar de todo todavía la echaba de menos, Andrés no volvió a ver a su antigua mano. Marga y él mantenían una cordial relación telefónica, suficiente para tratar los asuntos domésticos pendientes. Siempre guardaron las buenas maneras. Meses después, un domingo primaveral, Andrés dio un paso adelante e ingresó en el club de los hombres felizmente casados.

Todo parecía ir sobre ruedas. Sin embargo, un hecho particular sucedió hace tan sólo unos días. Como muchas otras tardes, Andrés y Natalia paseaban acaramelados cuando la mujer, con un gesto espontáneo, se llevó la única mano del hombre a la mejilla y se acarició con un gesto amoroso. Después la besó; sus labios recorrieron los dedos y se detuvieron juguetones en las uñas. Andrés la miró sorprendido. Natalia tenía los ojos entrecerrados y la pasión transformaba la expresión de su rostro. Andrés se sintió petrificado ante aquel gesto de amor. Natalia le sonrió con sus pupilas brillantes, cuajadas de estrellas fugaces, y las mejillas encendidas por el sentimiento. Pero Andrés no reaccionaba. Impertérrito observaba a la mujer que no entendía su aparente frialdad.

Natalia pensó que eran imaginaciones suyas. Que aquel extraño indicio de pánico en la mirada de Andrés había sido sólo una alucinación. Porque ¿qué podría asustar tanto a un hombre?

Intentaron recobrar la normalidad y, sin embargo, por primera vez hicieron el camino de vuelta a casa sumidos en un extraño silencio.

# GUNTER

*El corazón es un niño que espera lo que desea*

Proverbio ruso

Emil me dijo que el incidente había sucedido en un vuelo de Tenerife a Madrid, un miércoles veintiuno de marzo, equinoccio de primavera. Se trataba de una maleta Samsonite, mediana, de color azul oscuro, que contenía ropa y pertenencias personales. Aquella era una llamada más de las muchas que recibía a diario, pero el tono de voz amable hizo que su interlocutor me agradara. Había gente estúpida que me hablaba como si yo, en persona, hubiera lanzado sus equipajes desde el mismo avión a mitad del Atlántico

o sobre los Pirineos. Emil dijo que el contenido de la maleta no le importaba demasiado; llevaba sus cuentos en la mochila de mano y eso era lo único que consideraba imprescindible. ¿Cuentos? La pregunta se me escapó como una cucaracha atrevida. Entonces él dijo: *escribo cuentos para niños*, y en ese preciso momento empecé a enamorarme de él. Fue algo especial; sus palabras, el rayo